

AGENDA CIUDADANA

MAL DE MUCHOS CONSUELO DE ESCARNECIDOS

Lorenzo Meyer

Distinta, Pero no Tanto.- Las grandes potencias lo son en casi todo, incluidas sus estructuras de corrupción. Frente al “caso Enron” en Estados Unidos --ejemplo de como darle la vuelta de forma imaginativa, sistemática y en grande al marco legal--, las supuestas transferencias de Pemex a su sindicato para que éste las entregara al ex partido de Estado, resulta un caso simple y de poca monta.

Desde luego que una de las características del llamado “Tercer Mundo” es la abundancia de formas de corrupción; una corrupción perversamente democrática, pues abarca desde las élites hasta los grandes sectores populares y se da por igual en la arena pública como de la privada. A esa corrupción generalizada, un buen número de teóricos la consideran, a la vez, causa y resultado de un atraso integral; un atraso que actualmente se explica y se mide principalmente en términos de políticas --económicas y sociales-- y de indicadores cuantitativos, como la tasa de crecimiento, la estructura del PIB, la marginalidad, la distribución del ingreso, etc. Sin embargo, en un pasado no muy distante, y desde la perspectiva de los países dominantes e inclusive dentro de las propias élites de los países periféricos, el atraso y la corrupción de la mayor parte de la humanidad se atribuían, básicamente, a las deficiencias étnicas y, por tanto, morales.

En las grandes potencias metropolitanas y hasta bien entrado el siglo XX, era frecuente encontrar una explicación muy cómoda y simple sobre el origen de

la miseria y del atraso en la gran periferia, y el que fueran materia útil sólo para la colonización formal o informal: que esas sociedades “no blancas” tendían, por su naturaleza, a desarrollar una “cultura de la corrupción”, pues eran congénitamente irresponsables, deshonestas, viciosas y tendían a la molicie y a la crueldad (véanse, como ejemplo, los reportes de los diplomáticos y consulares de las representaciones europeas y norteamericana sobre la naturaleza de la sociedad mexicana en el siglo XIX o inicios del XX). Hoy ese argumento dejó de ser “políticamente correcto” y por lo mismo ya no se expresa abiertamente, aunque en el fondo de las actitudes y políticas que han tenido organizaciones internacionales como el Fondo Monetario o los gobiernos de Washington o Europa Occidental frente a los problemas de los países pobres, aún se encuentra este prejuicio: los males del sur están en su debilidad moral. De cualquier forma, una buena parte de la explicación dominante en los países centrales sobre eventos como la crisis argentina o la falta de éxito del grueso de los países africanos, se centra no en la forma como la gran periferia se ha visto obligada a integrarse al sistema mundial y a las reglas que ahí imperan, sino a defectos propios de los afectados –a su “cultura de la corrupción”, entre otros factores. Desde esta perspectiva, los poderosos no tienen ni culpa, ni obligación y cualquier tipo de ayuda que den a “los pueblos oscuros”, incluso la que se cobra –como el préstamo de emergencia a México en 1995— es altruismo o una forma de evitar males mayores, pero no la aceptación de una responsabilidad histórica.

Un examen cuidadoso del pasado o del presente de las sociedades y sistemas que hoy están en el centro de la estructura mundial de poder –Estados

Unidos, Europa Occidental o Japón--, deja ver que si bien la corrupción en el “Primer Mundo” puede ser un fenómeno menos extendido que en el Tercero, no por ello está ausente, sobre todo en los altos círculos del poder y, justamente por ello su magnitud puede ser mayor. En cualquier caso, la corrupción en grande no es un fenómeno que se circunscribe a las sociedades periféricas, como lo prueban las circunstancias en que quebró el año pasado la gigantesca empresa de energéticos, Enron, de Estados Unidos.

El Ejemplo.- La corrupción en el campo de la generación y comercialización de los energéticos tiene una historia larga en el mundo. En Estados Unidos fue famoso el escándalo en que se vio envuelto hace ochenta años el secretario del Interior del gobierno del presidente Warren Harding, Albert B. Fall –quién, como senador republicano por Nuevo México (1912-1921), se distinguió por ser uno de los más enconados enemigos de la Revolución Mexicana--, que gracias a un gran soborno adjudicó las reservas petroleras de la armada en Wyoming y en California a dos empresas petroleras, empresas de las que había sido aliado político en su lucha contra el nacionalismo petrolero mexicano: las de Harry Sinclair y Edward Doheny. Fall tuvo la nada honrosa distinción de ser el primer miembro de un gabinete norteamericano procesado por un ilícito mientras desempeñaba su cargo. Sin embargo, sólo estuvo en prisión nueve meses, lo que muestra que allá como aquí, la corrupción en los altos niveles se paga, cuando se paga, con penas ligeras. Además, el partido de Fall, el Republicano, no sufrió el rechazo ciudadano y siguió en control de la presidencia hasta que la Gran Depresión lo echó del poder; los electores finalmente lo castigaron no por corrupto sino por incapaz.

La empresa texana Enron, es hoy protagonista de la quiebra empresarial más grande de la historia; el precio de sus acciones pasó de la noche a la mañana de 85 a sólo siete dólares. Y es que entre septiembre del 2000 y septiembre del 2001, la compañía tuvo una pérdida de más de mil millones de dólares. Pero ese enorme descalabro fue ocultado a los inversionistas por un buen tiempo mediante lo que alguien ha llamado una “contabilidad creadora”, que implicó, entre otras cosas, una red de transacciones entre Enron y casi tres mil empresas paralelas creadas por los propios directivos para hacer negocios ocultos entre el gigante energético y sus administradores en carácter de particulares, lo que implicó un evidente conflicto de intereses y un quebranto de la supuesta “ética de los negocios”, pero que dio excelentes ganancias a los directivos a costa de su propia empresa. Un buen ejemplo de lo anterior es el caso de Andrew S. Fastow, jefe de la “división financiera” de Enron, que con inversiones de 25 mil dólares en empresas que supuestamente hacían negocios con Enron, y en cosa de semanas, resultaba con ganancias ¡de cuatro millones y medio de dólares!. De esta manera y en un abrir y cerrar de ojos, Fastow acumuló ganancias por 30 millones de dólares independientes de su sueldo. Antes del desastre final, el propio presidente de Enron y los otros directivos de la empresa, pudieron vender las acciones de Enron que eran de su propiedad cuando los documentos estaban al máximo de su valor; se calcula que como grupo, esos personajes se hicieron de mil millones de dólares. En contraste, los inversionistas ordinarios, aquellos sin información privilegiada, y entre los que se encontraban una buena parte de los 20 mil empleados de la empresa y sus 4,500 pensionados, perdieron al menos 60 mil millones de dólares. En suma, en el “capitalismo real” de la empresa texana, la

famosa “mano invisible” del mercado y en la que tanta confianza depositaron los clásicos, se convirtió en una “mano negra”.

Enron se inició en el negocio de la energía por una vía secundaria y modesta: la construcción y control de ductos, pero en unos cuantos años, al final del siglo pasado, ya estaba en todos los campos de la generación y comercialización de energía en Estados Unidos y en un buen número de países en varios continentes. Su enorme éxito se debió, en buena medida, a su innovación en el mundo de la comercialización de la energía –un mercado valuado en 200 mil millones de dólares anuales sólo en Estados Unidos--, pues al final su interés no estaba tanto en la producción o la construcción de plantas o sistemas de conducción y distribución, sino en la compra venta de contratos para surtir mercados específicos. Y desde luego, lo que fue un problema para los consumidores de electricidad en California en tiempos recientes --mucha demanda, poca oferta de las empresas privadas encargadas de surtirla y precios altos al consumidor--, llevó a una aparente bonanza para Enron y otras empresas del ramo, a las que el gobernador de ese rico estado calificó de voraces e irresponsables.

¿Como Fue?.- Antes de la quiebra de la que hasta hace muy poco se encontraba clasificada como la quinta empresa más importante de Estados Unidos y la primera del mundo en el ramo de los energéticos, todos, desde las máximas autoridades hasta el ciudadano común, pasando por los inversionistas y los analistas de Wall Street, se preguntan ¿cómo fue posible que el puñado de directivos audaces, imaginativos y sin escrúpulos –algo común en el mundo de las grandes finanzas--, hayan burlado lo que se supone es una sólida barrera legal

destinada a generar confianza y evitar el fraude de y en las empresas que cotizan en la bolsa de valores? La respuesta aún no está clara, pero a grandes rasgos, la explicación pasa por reconocer la existencia de una red de corrupción que va más allá de Enron.

Para empezar, y como ya se apuntó, está el conflicto de intereses. Los propios directivos de la gran compañía decidieron defraudarla en beneficio de sus intereses personales y a costa de los de los inversionistas a cuyo servicio, se suponía, estaban dedicados. Los administradores de Enron daban preferencia a empresas ficticias creadas por ellos mismos y a las que otorgaban contratos donde jugaban con cartas marcadas en contra de Enron. Sin embargo, para llegar a ese punto, los defraudadores debieron contar con la complicidad de otro grupo de actores: los auditores, que en este caso pertenecían a una de las cinco grandes empresas de contaduría que hay en Estados Unidos: Arthur Andersen & Co., que solapó las transacciones fraudulentas y que, al momento de estallar el escándalo, ordenó la destrucción de una buena parte de los documentos incriminatorios en sus archivos para borrar las huellas en los juicios por venir, y que hoy corre el peligro de verse demandada por cientos o miles de millones de dólares.

La gran meta política de Enron era lograr que el gobierno de Estados Unidos –tanto el Ejecutivo como el Congreso— aceptara la liberalización del marco jurídico que regulaba la producción de electricidad –justamente lo que algunos buscan implantar en México— y que los gobiernos locales aceptaran reducir su control sobre las líneas de transmisión del fluido eléctrico. El “Acta para la modernización de la comercialización de futuros” del año 2000 ya excluyó

a la comercialización de contratos de energía eléctrica del escrutinio al que están sometidas otras actividades, como las transacciones en la bolsa, por ejemplo. Por su parte, la firma de contadores Andersen y sus colegas, buscaron y lograron mediante un gran cabildeo, que el Congreso norteamericano pasara un tipo de legislación que protegiera la confidencialidad de los libros de las empresas para que ellas y sus contadores no se vieran afectados por los inversionistas con “demandas legales frívolas”. Y fue así como también en el año 2000, y contra la voluntad expresa del presidente William Clinton, el Congreso aprobó “El Acta de Reforma a los Litigios Privados” que impidió que, de cara al público, las cuentas de las empresas se hicieran más transparente.

Empresas como Enron o Andersen ganaron la buena disposición de los legisladores en Washington a base de contribuciones para sus campañas electorales. De 1989 al 2001, Enron donó seis millones de dólares a campañas de políticos (tres cuartas partes para los republicanos y un cuarto para los demócratas). De 1993 a la fecha, la empresa y sus empleados dieron 2 millones de dólares para ayudar a los esfuerzos electorales de George W. Bush. Los cabilderos de las firmas de auditores, Andersen entre ellas, dieron al diputado de Louisinana, William Tauzin, presidente del Comité de Energía y Comercio, 289 mil dólares para sus campañas electorales. Esas inversiones políticas, relativamente modesta para los montos que manejaban las empresas o incluso sus directivos como individuos, han hecho que hoy, de los 248 senadores y diputados que componen los once comités del Congreso en Washington y que van a tener investigar el fraude de Enron, 211 hayan recibido ayuda para sus campañas electorales de esa empresa o de Andersen.

En Suma.- Posiblemente las estructuras y efectos de la corrupción en los países ricos y en los pobres no son iguales, pero la gran corrupción es un fenómeno universal. Por tanto, en ese caso, el mal de muchos si puede ser consuelo para los acusados de inferioridad moral.